

ÁLVARO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Leoneses de Braganza

Hasta hace poco, el leonesismo era un afán autonómico que se movía dentro de un marco histórico razonable. Un afán discutible, carne de opinión en bares y reuniones familiares, pero siempre digno de respeto. Pero desde hace dos semanas el leonesismo parece un empeño menos serio. Conceyu Xoven, la cantera de UPL, lejos de contentarse con los mapas escolares de toda la vida, reclama ahora (¡reclama!) los territorios de Valdeorras y de –¡estupefacción general!– las tierras de Braganza, en Portugal. Uno creía que esto de pedir territorios así, por la gorra, sólo porque Fulano de Trastámara estuvo allí de vacaciones en el siglo XIV, era cosa exclusiva de los nacionalistas vascos, que lo mismo te piden el País Vasco Francés, que bueno, que La Rioja o el Norte de Burgos, que ya ves tú. Pero no: los abertzales de mi patria también cuecen habas y han tirado de archivo empolvado para afirmar que esa esquina de Portugal nos pertenece. Desconozco cuáles son las razones históricas que esgrimen estos muchachos, seguramente muy eruditas y muy contrastadas, pero no pienso tragarme ni una sola. Ya está uno resabiado de banderas al viento. De la de Castilla y León también, por supuesto. De todas.

A otro leonés con este leonesismo ¿De qué va este afán expansionista, colonizador, cuasi imperialista? A uno le gusta su tierra, el frío, la Cultural, y en un acto de eufórico domingo, hasta sería capaz de dejar el fútbol por ir a votar la independencia de León y alrededores. Pero nada más. Porque uno también sabe que si te pones en la raya de Valladolid, todo parece un mar infinito de cereal en el que ya no se distingue lo nuestro de lo suyo. Un llionés, en cambio, huele la esencia, la diferencia, la patria... Bah. No hay nada específicamente leonés, a no ser las tumbas de nuestros extintos monarcas y la morcilla de La Bicha. De hecho, no hay nada específico en ningún lugar de España, a no ser la pitanza. Y la lengua. Uno se pasea por León o por Barcelona y ve que todo el mundo va a lo mismo, que viste igual. Que ve los mismos partidos en la tele y sufre los mismos abusos de los mismos bancos. Sólo cuando te hablan en un idioma que no es el tuyo descubres que hay algo distinto en el ambiente, una persistencia histórica que te inspira respeto. Aquí, como no hay idioma alguno que nos separe de los castellanos, hemos viajado en el tiempo para rescatar la Llingua Llionesa. Esa lengua a la que hay que dedicar mucha inventiva, y mucho tiempo libre, para presentarla como seña de identidad. Y mucho más, incluido el delirio de grandeza, para decir que Braganza está, o debería estar, en su área de influencia. Porque dudo mucho que incluso León esté en ese área. ¿La Llingua del siglo XXI?, a lo sumo, en algún monte perdido, un lugareño que cuando te paras a dar la hebra todo te lo termina en «u» (el caminu, el tiempu...), pero sin más idiosincrasias que merezcan plantar una bandera y fundar una nación. Conceyu, en cambio, ve en esos pastores el germen de rutas imperiales. Yo, la verdad, como Serrat, prefiero los caminos a las fronteras...